

De actualidad

Triste obra de tesón desesperado



Ha pasado al inglés nuestro vocablo "desesperado", en la forma de "desperado". El español aparece como un desesperado, como uno que sigue peleando por una causa perdida cuando ya está seguro de que se perdió. Esto desde los numantinos acá. Y no siempre es cosa de honra, sino de puntillo, que es muy diferente. El mismo Nietzsche dijo de nosotros algo al respecto. Y todo ello se encierra en el "defenderla y no enmendarla" cuando se ha acertado mal. ¡Tijeretas han de ser!

Lo que alumbra con más triste lumbre de ocaso aquellas postrimerías de la campaña ultramarina que acabó en 1898 en aguas de Santiago de Cuba es que al último se peleaba a la desesperada, sin fe ninguna en ninguna victoria, para no quedar mal. Y así se quedó peor. Porque aquello fué innecesario. Y el heroísmo no es eso. Heroísmo es saber conservarse incólume para otras empresas. Cuando Cánovas decía lo del último hombre y la última peseta, sabía ya que el absoluto dominio colonial de España tocaba a su fin. Esas suelen ser frases que adoban los moribundos.

Otras veces son efecto de irresolución de carácter. Porque hace falta ser muy resuelto, muy dueño de sí para acertar a ceder a tiempo. Todos los irresueltos son tozudos. Y más los Gobiernos interinos y de pura delegación.

Lo más triste de esta continuación de la desdichada campaña del Rif, de esta despreparación para el futuro prestigio de España, lo más triste de ello, es que nadie cree ya en su eficacia. Los mismos que la defienden y la sostienen están convencidos de su ineficacia. Nadie cree que con ella se mantenga entre los moros el prestigio de las armas españolas; nadie cree, no ya en la justicia, mas ni en la eficiencia de ese castigo a los moros. Todo ello es una pura ficción. Y se sacrifica hombres, dinero y fe a una rutina, a una pura rutina de la religión de las armas.

Los que hablan de hacer quedar bien lo que la opinión pública cree que en 1898 quedó mal, saben de sobra que el buen desempeño del artista depende lo más del instrumento de que tiene que valerse. Como que el mayor arte del artista es hacerse el instrumento. Y es difícil quedar bien en la campaña del Rif con una tropa genuinamente nacional—como no lo era la de Cuba y Filipinas en 1898—, en que está representado todo el pueblo, todas sus clases, en la que hay conciencia; y, por lo tanto, voluntad nacional, y siendo esta voluntad, como es, adversa al cometido a que se le quiere llevar a esa tropa. A la que no cabe embriagarle con palabras mágicas, con sonoras consignas profesionales.

Toda la inmoralidad que se dice ha estallado en esa zona que ocupan nuestros desesperados es consecuencia de que se sabe que han fracasado los originarios objetivos de la campaña, y que se sigue ya allí por puro tesón, por defenderla y no enmendarla. "¿Es que vamos a confesar nuestro fracaso?"—preguntan algunos—. Y al preguntarlo, ya lo están confesando.

¡Y ese triste sistema de los emplazamientos...! "¡Que me den tantos meses de plazo!" Y luego otro; y luego otro. Es la agonía del que cae bajo la usura.

Aún se habla de ocupar por la fuerza la costa de Alhucemas y a la vez de diferir, de aplazar la conferencia internacional sobre lo de Tánger. ¿Tienen una y otra cosa relación? No se lo preguntamos al Gobierno interino, como todos los de estos últimos años, y que no lleva la dirección de tales asuntos. Como que los embajadores del reino—que no de la nación—de España en Inglaterra y Francia no vinieron a tratar con el Gobierno supuesto constitucional. Ni tenían por qué, ya que la empresa del Rif no es una empresa nacional.

Lo que es decir que el reino está en la misma apurada situación que estaba, respecto a lo de Marruecos,

hace un año. Y sin encontrar salida. Salida que satisfaga a su empeño. Empeño que se cifra en no confesar su fracaso; el fracaso del desquite de lo de 1898, el derrumbe del ensueño del vice-Imperio Ibérico.

¡Ocupar toda la zona de influencia española! Pero no basta ocupar la zona, si no se rinde a las almas que la habitan. Conquistar tierra, no es ganar hombres. Y se sabe que a éstos no se les rendirá así.

Este lúgubre ocaso de la empresa es más deprimente que la catástrofe de Annual. Todo lo que se dice para cohonestar esta tesonuda resistencia a la paz suena a hueco. Lo de que quede bien el prestigio de las armas españolas es un pretexto. Es otro el prestigio que se quiere dejar a salvo. Y este otro prestigio está ya irremisiblemente perdido.

El ensueño se ha desvanecido, señor, y hay que despertarse. "Recuerde el alma dormida,—avive el seso y despierte... ¿Qué se hizo el rey don Juan?—Los infantes de Aragón,—¿qué se hicieron?... El vivir que es perdurable—no se gana con estados—mundanales..." A lo que podrá alguien añadir, señor, lo que dicen luego las inmortales coplas, y es que ese vivir perdurable lo ganan "los caballeros famosos—con trabajos y aflicciones—contra moros." Pero ya se fueron las cruzadas, señor.

Es aquí, es aquí, es en España donde tenemos que ganar la vida perdurable. Primero, la vida cotidiana. Está aquí, en España, en la tierra que reconquistaron de los moros nuestros abuelos, está aquí nuestro problema internacional, universal.

MIGUEL DE UNAMUNO

